

Lázaro Carreter, Fernando. *Lazarillo De Tormes En La Picaresca*. Esplugues de Llobregat: Ariel, 1972. Print.

El capítulo muestra una fase más intensa de la avaricia del amo y, por tanto, del hambre del mozo. Aquel carece de todas las sustancias que hacían del ciego un ser humano; su pecadora mezquindad ha crecido en la misma proporción en que le ha disminuido el ingenio. Por lo pronto, la vista lo dota para su vicio con un arma que no tenía el ciego. Si este bebía vino (93), y Lázaro iba a comprárselo (98), al eclesiástico «de la tauerna nunca le traxe vna blanca de vino» (108)¹⁰⁵. Al que no veía, llegaba a sacarle «no por tassa pan, mas buenos pedaços, torreznos y longaniza» (92); al mal cura, sólo podía, —y ni aun eso podía— hurtarle pan. Hábilmente, trocaba, mientras caían, las blancas que echaban al mendigo; pero el gran ayunador «quantas blancas ofrecían tenía por cuenta, y, acabado el offrecer, luego me quitaua la concheta y la ponía sobre el altar» (108).

Al crecer así la avaricia del amo, la laceria del criado alcanza una situación límite. Con el otro, Lázaro había llegado a adquirir hábitos regalados, casi de gula: «Yo, como estaua *hecho al vino*, moría por él» (94); ahora *muere* por una necesidad más elemental: «Mas como... *tenía el estómago hecho a más pan* aquellos dos o tres días, moría mala muerte» (111-112). Hasta tal punto han subido de grado sus padecimientos en este asentamiento, que ya no acaricia deseos de revancha; ni siquiera le asalta su anterior temor a perder la